

ranza y decadencia el mismo instinto de conservación aconsejaba que se recordasen y exhibiesen las antiguas proezas, á fin de levantar los enflaquecidos corazones de la muchedumbre, tampoco pudo encerrarse en los estrechos límites, donde los imitadores consumían los bríos de su imaginación, para producir sólo descoloridas copias ó diminutos extractos. En el *Epítome Rerum Romanarum*, resaltan pues todas las dotes que hemos visto resplandecer en las obras de los oradores y poetas cordobeses; pero Floro, que muestra á menudo mayor osadía que Marco Ánneo y Porcio Latron, es sin embargo menos arrebatado y fogoso que Séneca y Lucano en el uso de las metáforas é hipérboles que matizan su florido estilo; siendo esta sin duda natural consecuencia de las frecuentes contradicciones que el ingenio español había experimentado en el espacio de dos siglos ¹.

Floreaban también por el mismo tiempo en Roma otros españoles, cuyos nombres no deben ser extraños á la historia de nuestra literatura: tales fueron Cayo Voconio y Antonio Juliano, celebrado el primero como poeta, y distinguido el segundo como retórico. Nada se ha conservado de las poesías de Voconio ni de las declamaciones de Juliano. Dejónos sin embargo Plinio Segundo el mozo, curiosas noticias respecto de Cayo: por él sabemos que era hijo de noble familia, y su madre de las más ilustres de la

¹ No creemos ajeno de este lugar el advertir que al hallar en Floro las mismas dotes que avaloran las obras de Séneca, creyeron algunos eruditos, con la noticia de las obras históricas del maestro de Neron, que era el *Epítome Rerum Romanarum* obra suya. Vossio, que procuró ya desvanecer este error, juzgó que nacía de haber Floro imitado á Séneca: «*Florum quidem imitatum fuisse Senecam*» (*De Hist. latin.*, ut supra); pero Elias Vineto observó que había tenido origen en la semejanza del *nomen* y del *praenomen*. De cualquier modo es lícito reconocer que sólo pudo sostenerse por la grande analogía de la índole literaria de uno y otro escritor. En las ediciones, desde la primera (sin año ni lugar, aunque se sospecha que es de Paris, 1470) y segunda (Roma, 1471 1472), se ha conservado siempre el nombre de Floro; llegando al número de cuarenta y tres las que se hicieron en los siglos XV y XVI; á cuarenta y seis las del XVII, y á nueve las del XVIII, sin contar en ningún caso las traducciones. Pocos son en verdad los escritores latinos que han logrado igual fortuna. Floro figura también en casi todas las colecciones modernas.

España Citerior ¹, habiendo ejercido el oficio de sacerdote (flamen), asegurándonos al par que sobre estar dotado de ingenio sublime y ser dulce y muy discreto orador ², escribía tan elegantes epístolas que parecía que en ellas estaban hablando las musas la lengua del Lacio ³; y el ya citado emperador Adriano le calificaba en este verso:

Lascivus versu, mente pudicus erat ⁴.

Aulo Gelio asegura también de Juliano que no solamente se hizo digno del general respeto de los doctos por su talento y erudición, sino que fué sobremanera estimado por su acendrada crítica, mereciendo el entonces envidiable título de censor rigidísimo de los antiguos escritores ⁵. Antonio se vió acusado no obstante de enseñar á sus discípulos la retórica á la manera española, siendo til-

¹ Pater ei in equestri gradu clarus: mater e primis Citerioris Hispaniae (Ad Priscum, lib. II, epist. XIII).

² Mira in sermone, mira etiam in ore ipso vultuque suavitas. Ad hoc ingenium excelsum, subtile, dulce, facile, eruditum in caussis agendis (Ad Priscum, lib. II, epist. id.). Tan alta idea tenía Plinio formada de su buen juicio, que sometió á su censura el *Panegrico de Trajano*, que es la obra suya escrita con mayores pretensiones de cuantas se han transmitido á la posteridad.

³ «Epístolas quidem scribit ut Musas ipsas latine loqui credas» (id., id.).

⁴ El docto Ambrosio de Morales, recordados los elogios que Plinio tributa á este español, observa que fué natural de Sagunto (Murviedro), fundándose en que existían allí con su nombre hasta tres inscripciones, que trascribe (*Crónica general*, lib. IX, cap. XXXVI). Copiólas también Ximeno, poniendo á Voconio entre los *Escritores del reino de Valencia* (p. 6 de la *Intr.*), bien que tomándolas de Escolano, quien las leyó de diferente modo que Morales; y convino en que Voconio era saguntino. En el castillo de esta antigua ciudad, hoy casi destruido, se conserva también la siguiente inscripción que revela el nombre de otro ingenio español, consagrado á la enseñanza de las artes gramaticales:

Diis manibus. Lucio Aelio Caeriae, magistro artis grammaticae, Lucius Aelius Aelianus, libertus, patrono benemerito. Vixit annos quinque et octuaginta.»

Copiola nuestro amigo y compañero, don Antonio Delgado, en su *Viage á Murviedro*.

⁵ *Noctes Atticae*, lib. XIX, cap. IX.

dada su elocuencia de áspera y desapacible, de lo cual pretendió vindicarse, según el mismo Gelio testimonia ¹.

Pero sea cual fuere el mérito de estos escritores, digno es de notarse que parece terminar con ellos, de la manera como había empezado, aquella ilustre pléyada de ingenios que envió España á la Roma gentilica, para mostrar por una parte la injusticia de la opresión en tan hermoso país ejercida, y manifestar por otra que, aunque vencida y en dura servidumbre, todavía aspiró á imponer leyes á la misma señora que había echado sobre su cuello tan insufrible coyunda. Es en verdad un hecho de suma importancia el contemplar cómo desde el instante en que el ingenio español, libre ya algún tanto, brilla en la capital del mundo, aspira á ser depositario de la elocuencia, imponiendo como otros tantos cánones, primero á la tribuna, después á la poesía y más adelante á la historia, las mismas licencias y extravíos de su fogosidad y de su independencia. Desde Marco Porcio Latron hasta Antonio Juliano, desde Séneca hasta Floro, todos los escritores

¹ Lib. I, cap. IV, y lib. IX, cap. XIX. Los críticos de los siglos anteriores, y con ellos el docto Goldasto, mencionan también entre los ingenios españoles que en la gentilidad florecieron, al poeta Rufo Festo Avieno, quien escribió en verso un tratado de geografía con el título *De oris maritimis*, que impreso muchas veces, inserta y traduce en su *Geografía antigua* el erudito académico de la Historia don Miguel Cortés. Demás de esta obra, curiosa y útil bajo el aspecto histórico, tradujo Rufo Festo Avieno la celebrada del griego Dionisio Púnico sobre la *Situación del Orbe* y los *Phenómenos* de Arato. Algunos escritores apuntan la idea de que puso también en versos elegíacos las *Fábulas de Esopo* (Lilio Gregorio Giraldo, *De Poetarum Historia*, diálogo IV). Avieno floreció bajo el imperio de Teodosio y sus hijos, pareciendo haber tenido frecuente correspondencia con Claudiano, que obtuvo grande estimación en aquella corte. Don Nicolás Antonio indicó sospechar que fué cristiano (*Bibl. Vet.*, lib. II, cap. 9); pero el diligente Fabricio no sólo se opuso á esta conjetura, sino que, negada su patria, llegó hasta hacerle italiano (*Bibl. lat.*, lib. III, cap. XI). Sea lo que quiera de su cristianismo, tan dudoso por lo menos como el de Claudiano, cumple á nuestro propósito observar que ni en su *Orae maritimae*, ni en las demás obras que á Rufo Festo se han atribuido, descubre grandes dotes poéticas, siendo por tanto escasa su influencia en la suerte de las letras latinas, á lo cual hubo de contribuir también el género de asuntos por él tratados. Notable es el que tampoco goza Rufo Festo Avieno de grande autoridad entre los geógrafos é historiadores modernos.

gentiles que en aquel largo período produce España, ofrecen en sus obras esa misma lucha, no contentándose sino con dar preceptos ó contradecir los ya establecidos por los imitadores del arte homérico. Aun en los mismos que intentan seguir á los poetas del siglo de oro y procuran con su ejemplo restablecer las letras latinas, se advierte esa natural tendencia á separarse del común movimiento de los eruditos, resistiéndose á recibir la ley general que á la literatura cobijaba, y poniéndose en abierta contradicción con las nuevas ideas y sentimientos que iban sensiblemente cambiando el aspecto del mundo.

En los ingenios españoles que ilustran las letras romanas, resaltan pues como dotes principales la extraordinaria fuerza con que rechazan todo yugo y el amor ardiente con que acarician el vivo recuerdo de su libertad perdida. Estos dos poderosos móviles los llevan, según dejamos ya demostrado, hasta el punto de menospreciar y quebrantar á sabiendas las reglas y preceptos del arte de Horacio y de Virgilio. Pero tan decisivos y brillantes caracteres no son exclusivos de ninguna época determinada en la historia de la literatura española: perteneciendo igualmente á todas las edades, forman, digámoslo así, los indestructibles polos, en que estriba nuestra nacionalidad literaria, bastando á salvarla en medio de los grandes trastornos y duras pruebas, á que plugo á la Providencia exponerla. Hé aquí por qué nosotros no comprendemos la historia de las letras en nuestro suelo, sin que volvamos la vista á contemplar lo que fué el ingenio español desde el momento en que nos es dado apreciar sus creaciones, para que, comparadas estas con las de más cercanas edades, pueda deducirse legítimamente si han sido parte á adulterarlo las diversas invasiones que ha sufrido la Península Ibérica, ó si ha conservado y transmitido de siglo en siglo aquella nativa y singular energía y aquella inquieta independencia que le impulsaron á precipitar la ruina del maravilloso arte greco-latino.

Reconocidos ya los caracteres que principalmente avaloran á los poetas y escritores gentiles, réstanos considerar el vuelo que toma en la lira de los vates españoles la musa cristiana, al apoderarse de aquella lengua, que por ser universal en todo el orbe romano, debía aparecer como el más propio instrumento de la

nueva civilización, que no sin costosa lucha se levantaba triunfante sobre los caducos restos del politeísmo. Estudiemos pues este inmortal combate, el más noble y sublime que en el terreno de la inteligencia y bajo el aspecto de las costumbres presentan los anales del mundo.

CAPITULO V.

POETAS CRISTIANOS.

C. VECIO AQUILINO YUVENCO.—M. AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE.

Estado de las costumbres al aparecer el cristianismo.—La doctrina evangélica.—Lucha entre el politeísmo y la religión cristiana.—Los Padres.—La elocuencia sagrada.—Vindicación de la doctrina evangélica.—Lastimoso estado del mundo moral, pintado por los Padres.—Los espectáculos gentílicos.—Abjuración que hacían de ellos los cristianos.—Triunfo de la elocuencia sagrada.—La paz de Constantino.—Aparición de la poesía cristiana.—Aquilino Yuvenco.—Su *Historia Evangelica*.—Significación é importancia de este poema.—Su exámen.—La religión cristiana es promulgada como religión del Imperio.—Prudencio Clemente.—Sus poesías.—Division, objeto y carácter de las mismas.—Nuevos elementos que las constituyen.

Si las obras inspiradas por el decadente gentilismo presentan con entera claridad la afrentosa ruina del antiguo mundo, desplegando á nuestros ojos el repugnante cuadro, donde aparece escarnejada toda dignidad, hollada toda virtud y ensalzado todo crimen; la nueva literatura, que se levantaba sobre los clamores del Gólgota, alentada por la predicación del Evangelio y amasada con la sangre de los mártires, llamada estaba á revelar con más vigo-